

Kepa Goienetxe

Maite Ruiz de Azua

Tengo en la cabeza tu imagen, Kepa, y te veo sonriente, como siempre; o más que sonriente debería decir afectuoso, pues no siempre son sinceras las sonrisas y el afecto es sentimiento que mal se puede disfrazar. Te escribo yo, pero has de saber que mis palabras no recogen sino las voces de un montón de gente, de todas aquellas personas que te conocieron, que compartieron contigo días de campamento, sobremesas, reuniones, celebraciones, paseos, conversaciones en el despacho, acontecimientos familiares, canciones acompañadas por los acordes de tu guitarra... desde que en 1993 llegaste a Errenteria para quedarte durante trece años.

Antes de trasladarte en aquel setiembre al convento te dejaste caer por Quintanar de la Sierra, donde como todos los meses de junio-julio estábamos de campamento con Gaztedi. Viniste a conocer el lugar, las instalaciones, el funcionamiento,

a los chavales, las cocineras, los monitores... Pero en realidad tú, que fuiste a observar, te convertiste en el elemento más observado. Creo que no te lo pusimos demasiado fácil al principio. El grupo de Tiempo Libre ya llevaba bastantes años funcionando y el campamento aún más. Todos los monitores nos habíamos formado bajo la dirección de Felipe, y el listón ya estaba bien alto: Felipe era mucho Felipe y tú no dejabas de ser un desconocido. Había que adaptarse, tú y nosotros, y eso fue cuestión de tiempo, de trabajo conjunto y de las pequeñas cosas cotidianas. La prueba de fuego, al menos para los que formábamos el grupo de Gaztedi Txiki, tuvo lugar al campamento siguiente. Fue un campamento diferente, un campamento bisagra, donde las puertas se abrían y cerraban, donde a veces echábamos mano de la referencia de Felipe y continuábamos nuestra labor como si con él estuviéramos y, otras veces, nos dejábamos llevar por tus sugerencias, porque



sugiriendo eras todo un maestro, lo tuyo era el don de la persuasión. Sí, Kepa, aún te estoy oyendo, parece mentira. No solo tengo tu imagen, que me la podría dar cualquier retrato, sino que aún oigo tu voz por aquí cerca, cálida y alegre.

Han sido muchos los días y las noches compartidas allá en Revenga, en un espacio de tiempo en el que la convivencia y las vivencias son mucho más intensas que en el ritmo diario. En ese espacio siempre tenías dulces palabras para todos, chicos y grandes, integrantes del campamento o gente del pueblo.

Por eso, aunque podría encontrarte en otros lugares (eso se lo dejo a cada uno de los que te conocieron) yo prefiero buscarte entre los pinos y las tiendas de nuestro campamento, y me quedo viéndote reunido en círculo con los sesenta chavales celebrando el "egun on", o sirviendo los platos del comedor, o acarreado la enorme cazuela de chocolate. Me quedo contigo acompañándote a que conozcas la Laguna Negra, o riéndonos en el almacén durante la cena en la que celebramos una especie de Feria de la Cerveza de Munich; o tal vez prefiera la noche en que enseñaste una luciérnaga a Ander e Irantzu; o a lo mejor seguimos esperando en Sanza a que llegues a traernos la cena

mientras nos comen los mosquitos, o puede que te esperemos en el mismo campamento, que "este hombre se ha ido al pueblo a por la carne y no acaba de aparecer". Y es que siempre encontrabas ocasión para atender a alguien. No sé, o probablemente me quede con tus siempre afectuosas palabras que han abrigado más de un corazón, o con tus siempre cariñosas bienvenidas. Contigo todo el mundo se sentía bienvenido y especial.

¡Qué cosa tan grande haberte conocido, Kepa! Recibe un abrazo allí donde estés.

